

municar sus benignos rayos á la tierra? Pues si son ménos que un átomo nuestras culpas á vista de lo grande é infinito de tu misericordia, ¿será bien que ménos que un átomo impida sus influencias benignas? Bien conozco que por nuestros pecados somos merecedores de una y muchas muertes; pero si nos dais la muerte, ¿cómo enmendaremos la vida en adelante? Perdonád, Señor, mi atrevimiento; esto, Dios mio, se ha de acabar; el enojo no ha de pasar adelante: ó salgamos á otro partido: desenójate, Dueño de las almas, y mas que nos quites la vida, pues no hay muerte tan sensible como tu enojo; pero qué digo muerte? Seamos amigos, y mas que nos arrojes al infierno, que no será infierno el padecer por tu amor. Pues qué? ¿habia de llegar sobre los pecadores el golpe de tu indignacion? ¿habia de llegar sobre las almas, que tan devotas, como contritas, buscan vuestra clemencia en este sagrado templo, y en un tiempo tan dichoso, como el que tenemos delante de nuestros ojos? en una Semana santa? ¿en un tiempo, en que vinisteis á derramar vuestra sangre, y aún á dar la vida por nuestro bien y remedio? Eso no, Dios amantísimo, que pesa mucho el crédito de tu misericordia; eso no, que si merecimos el golpe por haber despreciado tus avisos, y no haber llevado frutos de buenas obras, ya con tu gracia llevaremos frutos de firme y verdadera penitencia. No lo prometéis así?

Sí, Dios mio, sí; todos, todos os damos esta palabra, y para mayor firmeza os la damos delante de la reina de los ángeles, María santísima, vuestra madre. Ó madre amantísima, y madre de pecadores! Como buena madre, amparád nuestra peticion: poderosísima sois en el cielo y en la tierra; no permitáis que se pierda la sangre de vuestro Hijo. Hemos pecado, es verdad; pero aquí nos tenéis, ó madre amabilísima! humildes y reconocidos; aquí nos tenéis, llorando nuestros desaciertos con amargura y quebranto: ya nos pesa con el mas vivo sentimiento, por haber ofendido á vuestro Hijo. No es así, fieles míos? ¡Ojalá que de dolor no me podáis responder! Ánimo pues y aliento para obligar á María y á su Hijo soberano; no mas ingratitude contra un padre tan amoroso; ántes morir que pecar; lloremos sí nuestras culpas; clamemos con amargura, diciendo de todas veras: *Señor mio Jesucristo, etc.*

## PLÁTICA

### DEL LAVATORIO DE LOS PIÉS.

PARA EL JUÉVES SANTO.

( DE TRENTO. )

*Tu mihi lavas pedes?*

Tú me lavas los piés?

*S. Juan, c. 13. v. 6.*

Humildad y caridad fueron las dos virtudes que admiraron siempre los Padres en la grande obra que hizo hoy el Redentor de lavar los piés á sus apóstoles, de manera que aunque la miraron con diversos aspectos y semblantes, siempre quedaron deslumbrados y aturridos por la luz de una humildad profundísima y de la mas inflamada caridad. Mirád pues, oyentes míos, si podia ser justa en ninguna manera la excusa de Pedro para no dejarse lavar de él los piés diciendo: *tú me lavas los piés?* Ántes justamente por lo mismo que soy quien soy, pudo responder Jesus, quiero lavártelos por humildad, y por ser tú quien eres, te los quiero lavar por caridad: bellas virtudes, en las cuales quiso dejar un insigne y brillantísimo ejemplo á todos, y con particularidad en mi dictámen á los grandes de la tierra, y aún con mas particularidad á los grandes de la Iglesia, como en pocas palabras voy á mostrar.

No puede ciertamente ser mas magnífico el exordio del Evangelista al referir el misterioso lavatorio de hoy. *Sabiendo Jesus, dice, que el Padre lo puso todo en sus manos, y que de Dios salió, y á Dios va...* (1) Mas por lo mismo ¿no os parece, seño-

(1) *Joann. c. 13. v. 3.*



res, el ménos propio y conveniente? Si se quiere considerar el lavatorio como un acto de benevolencia que solia ejercitarse con los extranjeros, segun se infiere de lo que dijeron Abrahan y Lot, á aquellos peregrinos huéspedes suyos, ¿por qué no se habia de decir que amando Jesus á sus discípulos (1), con los cuales habia conversado hasta entónces como huésped, quiso ántes de separarse de ellos darles esta última é inesperada prueba de su ternura? Si se quiere considerar como un oficio de un humilde criado, como á ejercitarlo con este carácter se ofreció Abigaíl á David, cuando le dijo: *hé aquí á tu sierva, que será una esclava para lavarte los piés* (2), ¿por qué no se habia de decir que reflexionando Jesus sobre haber tomado, haciéndose hombre, la forma de siervo (3), quiso dar ántes de restituirse á su Padre, un testimonio irrefragable de su humilde condicion? Si se quiere considerar en fin como desahogo y prueba de una gran contricion en un alma penitente, cual se mostró en la Magdalena que empezó á regar con lágrimas sus piés (4), ¿por qué no se habia de decir que pensando Jesus en el papel que hacia de pecador (5), tuvo por conveniente dar como tal una prueba manifiesta de la confusion y dolor que sentia, lavando á sus discípulos los piés? Todo esto á la verdad parecia mas oportuno y conforme con aquello que dice despues: *sabiendo Jesus que el Padre lo puso todo en sus manos, y que de Dios salió, y á Dios va...* De semejante principio ¿qué se debia naturalmente esperar? Si sabe, dice Agustino, que tiene en su mano todas las cosas, sabe que tiene tambien en su mano á los judíos y aún á Júdas (6); y si reflexiona sobre su soberano é independiente dominio, miéntras que aquellos conspiraban contra su vida y este trataba de venderla, ¿por qué otro motivo se debe discurrir que sea, sino por desvanecer las tramas de aquellos envidiosos políticos, y castigar al mismo tiempo la perfidia de aquel perverso traidor? Pero no; por otra causa muy diferente quiere darnos á conocer su poder inmenso y su inefable grandeza. Sabiendo que tiene en su mano todas las cosas, sabe que tiene asimismo en su mano nuestro amor propio y nuestra soberbia; y no á sus enemigos, sino estos vicios, como

(1) *Ibid.* v. 1. (2) *I. Reg.* c. 25. v. 41. (3) *Philip.* c. 2. v. 1.  
 (4) *Luc.* c. 7. v. 38. (5) *Rom.* c. 8. v. 3.  
 (6) *Ergo et ipsum traditorem; traditor jam traditus erat ei, quem tradere cupiebat.*

dice el Padre san Gregorio, quiere destruir con su humildad y su caridad (1). Cuando considera que es hijo del Altísimo, cuando considera los tesoros inexhaustos de omnipotencia que el Padre ha depositado en él, y cuando considera que es tan noble por su origen, tan grande por su gloria y tan tremendo por su potestad; cuando considera, digo, todo esto, es cuando se levanta de la mesa (2), cuando se quita sus vestiduras, y poniéndose en traje de criado se ciñe una toalla; cuando echa con sus divinas manos agua en un lebrillo, y postrándose á los piés de sus apóstoles, se puso á lavarlos con el mayor esmero y á limpiarlos caritativamente, llenos de polvo como estaban, con aquellas mismas manos fabricadoras de la aurora y del sol. Ó caridad! ó humildad! Asombráos, cielos, de tan prodigioso exceso de abatimiento y de amor (3), y al mismo tiempo vosotros, grandes de la tierra, aprendéd (4). El considerar su elevacion, que sirve á muchos para fomentar su orgullo, sirvió á Jesus de estímulo para humillarse. Por tanto, aunque por otras razones fué distinguido con el bello título de lirio, se llama lirio de los valles, y no de los montes (5), para que se entienda, como advirtió el dulce Bernardo, que es corona de humildes y no de soberbios (6).

Concluído el misterioso lavatorio se levantó el divino Maestro, se puso sus vestiduras, volvió á sentarse (7), y dirigiéndose á sus atónitos y atúrdidos discípulos, les dijo: ¿habéis visto, mis amados discípulos, habéis visto lo que he hecho? No es ninguna gran cosa que Eliseo sirva á Elías el agua para lavarse las manos, que el criado sirva á su señor, ni que el discípulo sirva á su maestro; pero ¿qué os parece de que el maestro sirva al discípulo y el señor al criado, y que el mismo Elías sirva á Eliseo el agua, no para lavarse las manos sino para lavar los piés? No obstante esto es lo que he hecho con vosotros, y no he querido mas testigos que este cenáculo y vosotros mismos, porque á vosotros con especialidad he querido daros este grande ejemplo. Y por qué á ellos con especialidad? Acaso porque eran unos pobres pescadores, unos hombres humildes y bajos?

(1) *Ut superbum non esse hominem, doceret humilis Deus.*  
 (2) *Joann.* c. 13. v. 4. et seqq. (3) *Jerem.* c. 2. v. 12.  
 (4) *Psalms.* 2. v. 10. (5) *Cant.* c. 2. v. 1.  
 (6) *Corona humilium, non superbiorum.*  
 (7) *Joann.* c. 13. v. 12. et seqq.



Nada ménos, pues á ser por esto no habia motivo para excluir tanta gente vulgar de Jerusalem y de toda la Judea. Dió con especialidad tal ejemplo á sus doce discípulos, porque los habia elegido, para que fuesen las doce piedras fundamentales del grande edificio que habia resuelto erigir, para que fuesen la basa y el apoyo de su naciente Iglesia, para que fuesen en suma los grandes de aquel nuevo reino de la gracia que intentaba fundar. Así que hace con sus discípulos una obra tan estu- penda, de tanta humildad y de tanto amor, para que del mismo modo que siendo su superior, lo ha hecho con ellos, lo hagan ellos con los demas sus inferiores (1).

Oíd, prelados, alza otra vez la voz san Bernardo, oíd, prela- dos, que ocupáis la cátedra de la enseñanza y del gobierno de la Iglesia; ¿pensáis que seguís el ejemplo del Señor? (2) Ó Dios mio! peca el hermano, resbala y cae en alguna culpa, se en- sucia y se mancha; pero no hay quien tenga la humildad ni la caridad de bajarse á socorrerle y á lavarle (3). Ó caridad, ó hu- mildad de Cristo! dónde te has ido? (4)

(1) *Joann. c. 13. v. 15.*

(2) *Audite, prælati, qui cathedram tenetis regiminis; putatisne tenetis exemplum Domini?*

(3) *Non est pelvis, non est aqua, non est qui se præparet ad lavandum.*

(4) *O pelvis Domini, o humilitas Christi quam longe recessisti.*

## SERMON.

### EL EJEMPLO DE JESUCRISTO

NOS OBLIGA A SER HUMILDES.

PARA EL JUÉVES SANTO.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

*Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum feci vobis, ita et vos faciatis.*

Os di el ejemplo, para que hagáis del mismo modo que lo hice con vosotros.

*S. Juan, c. 13. v. 15.*

Los judíos carnales y ambiciosos, aquella tropa de gente cruel y maliciosa, que Dios habia consentido en el mundo, para hacer por ella la mas magnífica ostentacion de su poder y justicia, no tuvieron luces para discernir que las promesas he- chas á los antiguos padres de la ley, sobre la venida y grande- za del Mesías, debian cumplirse por un medio y modo entera- mente opuesto á su soberbia, ambicion y locura. Ellos creían vanamente que habia de renovarse en aquel punto la opulen- cia toda, que adquirió el reino de Judea en tiempo de David y Salomon; que su imperio se habia de fundar sobre las ruínas de las demas naciones, y que las victorias, tan repetidas veces in- sinuadas en los divinos oráculos, les darian ámplio derecho para oprimir á todos sus enemigos. Aquellos gloriosos epítetos de *príncipe del siglo, terrible, Dios fuerte, Señor de los reyes de la tierra*, y otros admirables títulos aplicados á nuestro sobe- rano Redentor por el Espíritu santo, fundaron en la nacion ré- proba una firme, aunque falsa, persuasion de poner bajo su